

UN PROLOGO PARA MASUR

Por J. L. SALCEDO BASTARDO

Es un feliz acontecimiento la reedición de este “Simón Bolívar” de Gerhard Masur en 1987. He aquí un libro positivo e importante, valioso y útil para el conocimiento de un personaje de excepción —el más representativo de los latinoamericanos— así como para la captación de una coyuntura culminante en la historia del hemisferio: el tiempo de la Independencia, vale decir, de un esfuerzo colectivo de contorno y magnitud relevantes: la empresa plural de la libertad.

No gratuitamente ni por casualidad, dentro de la hora y de las posibilidades donde este libro fue producido hace cuatro décadas, conquistó a partir de su salida inicial un puesto de privilegio. Con justicia es reconocido como una obra de méritos especiales: la seriedad general de sus juicios, lo diversificado de las pesquisas que lo fundamentan, su estilo ameno, el logrado propósito de síntesis para resumir en un volumen de dimensión razonable una temática vasta y compleja.

Idealizada durante unos doce años —desde 1935— esta biografía fue com puesta entre 1941 y 1946. Para 1948 se publica en inglés en Albuquerque (New México), y al año siguiente sale en Constanza en alemán. La primera edición en español es de 1960. Su autor, Gerhard Masur fue un europeo de buena ley. Nacido con el siglo en Berlín, 1901, se doctoró en Filosofía en la misma Universidad de su ciudad natal donde acumula un historial distinguido de servicios a la docencia y al espíritu. Aventado por la barbarie nazi al exilio americano, encontró en Bolívar el estímulo que necesitaba para sobrevivir y la presencia de un ejemplo ductor para superar su tragedia de expatriado y mantener viva la fe en el triunfo de la causa buena que al fin se impuso con la derrota del Eje. Masur cumpliría en los Estados Unidos y en América Latina un trabajo creador, de múltiples vertientes, con libros diversos, numerosos ensayos, artículos y encargos varios: enseñanza, investigación, foros, congresos, conferencias. Estudios sobre Ranke, Sthal, Goethe. Historia, filosofía, lenguas, arte, poesía, letras, ideas. Su muerte acaeció en 1975 en Lynchburg (Virginia, Estados Unidos).

Esta biografía fue escrita cuando predominaba en la historiografía latinoamericana —y señaladamente de Venezuela, país de obvia significación al respecto— una tendencia tácita trillada de manera rutinaria, la de mirar preferente y casi únicamente la faceta político-militar del Libertador, y su inserción más o menos confesa dentro de una corriente cesarista. Para esa época, la bibliografía en torno

a Bolívar —además de repetitiva— adolecía de mezquinos horizontes, cerrada en los linderos de un nacionalismo de escaso vuelo. Por lo demás, era difícil la consulta de las fuentes directas necesarias; las colecciones básicas estaban agotadas hacía muchos lustros. La búsqueda en los archivos radicados en distintas ciudades estaba bloqueada por la incomunicación.

Corre el tiempo, y para 1948 cuando el libro es lanzado en inglés, ya puede celebrarse —como un hito inolvidable— la edición de las llamadas “Obras Completas” del Libertador,¹ ordenada por el Gobierno venezolano que presidía Don Rómulo Betancourt, en 1947. Ahí estaría la semilla para una renovación que a la postre significa un rumbo diferente. Entre ese ayer cercano y hoy las disimilitudes son notorias. A explicar la situación que ahora se vive en cuanto al estudio histórico y a la consideración de Bolívar como asunto, concurre sin duda el hecho de que la patria originaria de Bolívar disfrute desde 1958 de un régimen democrático legítimo, estable y continuo, que ya rebasa en duración a cualquiera otra etapa de su historia republicana. Se ha hecho en este tiempo, en medio del clima espiritual y político propicio, un sostenido esfuerzo de difusión y discusión sin cortapisas. La historia es allí materia de categoría universitaria desde 1946. Pautas metodológicas modernas han sustituido al empirismo tradicional. Se recordará entre los muchos acontecimientos de relieve en estas décadas positivas para las disciplinas de la cultura y del civismo, la memorable conmemoración del Bicentenario bolivariano (1783-1983) que se traduce en un impulso consistente —todavía abierto— destinado a acentuar el curso del cambio historiográfico que ya venía. Respecto a este último suceso han de mencionarse las reediciones de José Félix Blanco y Ramón Azpurua, de Cristóbal Mendoza y Francisco Javier Yáñez, igual que de Daniel F. O’Leary, la prosecución de los exhaustivos “Escritos del Libertador”, los congresos, simposia, seminarios y reuniones de estudio, análisis, divulgación, revelación, en muchos países de todos los continentes como en distintos organismos internacionales, academias, universidades e institutos. Destaque singular merece la notable investigación “Bolívar y Europa”,² dirigida por el profesor Alberto Filippi, de la cual circula el primer volumen con una imponente y copiosa documentación —en su mayor parte, inédita— junto al saber de treinta y cinco estudiosos de dieciséis países del Viejo Continente.

Al autor de este prólogo le han correspondido responsabilidades en este proceso —a contar de 1950-57 génesis de su “Visión y Revisión de Bolívar”— que conduce a la tesis de un Bolívar revolucionario, coherente y orgánico. En nuestra indagación, con método y sistema científicos, hemos hallado como la razón capital de su vida el cambio sustantivo de una América arcaica que —con sus palabras— se definiría así: “Nuestra situación estaba reducida a una nulidad

-
1. SIMÓN BOLÍVAR. *Obras Completas*. Compilación y notas de Vicente Lecuna con la colaboración de Esther Barret de Nazaris. Ministerio de Educación Nacional de los Estados Unidos de Venezuela. Editorial Lex. La Habana, 1947. 2 tomos con 3.019 páginas en total.
 2. *Bolívar: y Europa en las crónicas, el pensamiento político y la historiografía*. Volumen I. Siglo XIX. Investigación dirigida por Alberto Filippi. Prólogo de J. L. Salcedo-Bastardo. Comité Ejecutivo del Bicentenario de Simón Bolívar. Ediciones de la Presidencia de la República. Caracas, 1986. Impresión: Bodoni, S. A., Producciones editoriales. España. 1.085 páginas.

casi total. Nosotros estábamos en un grado todavía más abajo de la servidumbre... El lugar era el de siervos propios para el trabajo, y cuando más, el de simples consumidores; y aun esta parte coartada con restricciones chocantes... [Entre provincias y provincias americanas había trabas] para que no se traten. entiendan ni negocien... Estábamos abstraídos, y digámoslo así, ausentes del universo... A todos dividían barreras odiosas, con privilegios inicuos y degradaciones absurdas [Imperaba la esclavitud]: la más feroz delincuencia, hija de las tinieblas, la infracción de todas las leyes... [En la cultura] todo era extranjero en nuestro suelo. Uncido el pueblo americano al triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio, no hemos podido adquirir ni saber, ni poder ni virtud...”.

Sostenemos que el afán de Simón Bolívar fue el de construir. Su signo quiso él que fuera siempre afirmativo. Puso su energía total, su pasión y su fe, en un empeño positivo que perseguía sustituir las anticuadas estructuras del coloniaje por las nuevas de la independencia, la libertad, la igualdad, la justicia, la unidad y el futuro.

Buena parte de nuestro quehacer intelectual se ha consagrado al estudio y difusión de la coherencia revolucionaria de Bolívar esplendente en su concepto de “empresa” —tal es su vocable— dirigida a la par y conjuntamente a fundar la libertad política y la democracia, la justicia económica, el igualitarismo social, la unidad jurídica y el progreso cultural. Buscaba —y la síntesis es de él— “la independencia en el más lato sentido de esta palabra, sustituida a cuantas dependencias antes nos encadenaban”.

El reparo que Masur formula en cuanto a que Bolívar “nunca vio con claridad que la independencia política debía ser seguida por una revolución económica y social si el proceso había de completarse”,³ ya no cabe sino dentro de la historiografía tradicional obcecadamente politicista, la que silenciaba, omitía o desconocía, el reparto de tierras a los soldados en Colombia, y a los indios en el Sur, así como también escamoteaba el alcance enorme de ese otro capítulo hermoso de sus luchas y de su programa que fue la abolición de la esclavitud y de los privilegios. Ambos temas cumbres, a los que en el Discurso de Angostura llamó Bolívar “los actos más notables de mi mando, las resoluciones más importantes del último período”, están exhaustivamente documentados y tratados para los investigadores y estudiosos de hoy, y en nuestro “Bolívar: un continente y un destino” pueden leerse en francés, inglés, vasco, alemán, sueco, árabe, servo-croata, chino, italiano, hindú, búlgaro y japonés.⁴ Además de español, ese pensamiento está vertido también al portugués y holandés.⁵

3. v. Cap. XXXIV.

4. *Bolívar: un continente y un destino*. Premio Continental de la OEA (1972) y Premio Nacional de Literatura de Venezuela (1973)— ha sido publicado en Caracas —1972 y 1977—, París —1976—, Londres —1977 y 1978—, Bilbao —1978—, Munich —1978 y 1983—, Estocolmo —1979—, Cali —1982—, El Cairo —1983—, Belgrado —1983—, Beijing —1983—, Roma —1983—, New Delhi —1983—, Quebec —1984—, Sofía —1986—, New Jersey —1986—, Tokio —1986—, para un total de 24 ediciones hasta 1986.

5. *Visión y Revisión de Bolívar* cuenta 14 ediciones hasta 1986. Se ha publicado en Buenos Aires —1957 y 1966—, Caracas —1960, 1977 y 1981—, Santiago —1961—, Quito —1963—, Río de Janeiro —1976—. Parcialmente ha aparecido en Medellín —1983— y en Paramaribo —1986—.

Para nosotros, el programa de la revolución bolivariana y el inicio que en los hechos el Libertador logra acometer, legando a las generaciones del mañana la culminación integral de su vida, realzan la magnitud y originalidad de ser este movimiento revolucionario el único que ha procurado armonizar, superar y cuajar una efectiva síntesis de las grandes revoluciones modernas:⁶

Las de Inglaterra en el siglo XVII, victoria de la representatividad popular subordinando el absolutismo a la ley, mas conservando la autocracia coronada. La de Estados Unidos, independencia, libertad y justicia, coexistiendo con la esclavitud; democracia egoísta, corroída por odios étnicos, indiferente a lo que no sea su mero interés. La de Francia, libertades y garantías para el ciudadano metropolitano, perfecciones doctrinales en un ambiente de horror; mas para la flamante República de la "*liberté, égalité et fraternité*", las mismas colonias del "*ancien regime*"; independencia cero. La de Haití, primicia mundial en abolir la esclavitud; vindicta y liquidación de cuentas ancestrales, justificada en su vehemencia, que se atasca en el aislamiento racial.

Además, Bolívar se adelantaría, en cuanto considera las reivindicaciones materiales de los oprimidos, a trascendentales movimientos ulteriores que afincan todo su afán en determinantes cambios económicos de justicia material, pero antagónicos del supremo bien de la libertad, cúspide irrenunciable de su proyecto político. Más todavía, Bolívar buscó el imposible de que su revolución fuera total de paz como al principio: "sin sangre, sin odio; cuando la Providencia justa les presentó la ocasión de romper las cadenas, lejos de pensar en la venganza de ultrajes, convida a sus propios enemigos, ofreciendo partir con ellos sus dones y su asilo".

Para el idealismo —otro primordial ingrediente bolivariano— de formar en América "la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria", patria inmensa donde se realizaran al unísono la libertad con la igualdad, la justicia, la unidad y el progreso moral, Bolívar es imán de voluntades constructivas, hombre de convergencia. A su "causa común" de unión solidaria, él atrae y suma cifras exponentes de nuestra dilatada esfera: Es muy revelador el que en su inmediatez física y/o espiritual se hallen, entre no pocos, los mexicanos Miguel Santa María y Fray Servando Teresa de Mier, el nicaragüense de Costa Rica bachiller Rafael Francisco Osejo, el panameño José Domingo Espinar, el cubano Rafael de las Heras, los curazoleños Luis Brión y Manuel Piar, el haitiano Petión, el dominicano Núñez de Cáceres, Molina el guatemalteco, los colombianos Nariño, Santander, Torres, los Mosquera; de Venezuela: Miranda, Rodríguez, Sucre, Bello, Urdaneta, Gual, Roscio, Páez, Revenga;

6. Dice Masur: "La revolución sudamericana no fue al principio un movimiento ideológico, como lo fueron la inglesa, la norteamericana o la francesa. Ni siquiera desarrolló ideas originales durante el curso de los acontecimientos" v. Cap. XV. Para nosotros —insistimos— la originalidad de esa Revolución de Bolívar está en su plenitud programática. Al respecto v. nuestros "Bolívar en la identidad de la Revolución Latinoamericana" —en "Simón Bolívar. Persönlichkeit und Wirkung. Personalidad y alcance. Dietrich Reimer Verlag. Berlin. 1984", y "Bolívar - Definição conceitual no seu bicentenário" —en "Academia Portuguesa da História. Recepção académica ao Professor José Luis Salcedo-Bastardo. Lisboa. MCMLXXXV".

el ecuatoriano Olmedo, los peruanos Sánchez Carrión, Unanue, Gamarra, Vidaurre; el boliviano Santa Cruz; O'Higgins el chileno; los argentinos José de San Martín —cifra suprema—, Pueyrredón, Monteagudo, Alvear; el paraguayo José Félix Bogado; los brasileños José Ignacio de Abreu e Iima y Emiliano Mundrucú.

El historiador Masur aplicó su severa formación germánica al tema de la historia de América Latina que se centra en Bolívar. El propósito fue alcanzado con creces. Este volumen transmite ciertamente el conocimiento global sobre un protagonista y una circunstancia difíciles de abarcar en su complejidad. quede aquí el reiterado y franco testimonio de nuestra admiración y nuestro aplauso.

Sería ocioso marcar los puntos de coincidencia con tan loable esfuerzo de comprensión hacia América Latina evidenciado en este nutrido tomo. Compartimos su convencimiento de que “Bolívar no necesita leyendas ni oropeles estilísticos. No pueden negarse sus debilidades, sus errores ni sus contradicciones. Pasar por alto sus faltas implicaría disminuir su grandeza o fosilizar su carácter”.⁷ Coincidimos en la verdad del hombre completo y sólido, líder cabal, de claro y diáfano pensamiento, con obra efectiva para la posteridad.

Sin vacilar suscribiríamos muchos de sus conceptos en las páginas que tratan —por ejemplo— del empeño tenaz bolivariano de aproximación a la Gran Bretaña, un hecho que no pocos exageran y deforman al grado absurdo de atribuir al pensamiento del Libertador hasta el grotesco infundio de auspiciar un cambio de la religión católica y de la lengua castellana de Colombia por un protestantismo anglicano y por el idioma inglés. Masur expone con agudeza las muchas razones que asistían a Bolívar en recomendar una unión protegida y garantizada por la Gran Bretaña, “país liberal por excelencia, cuyo régimen se fundaba en la libertad... Hasta la Santa Alianza era impotente contra una Inglaterra apoyada por inmensos recursos y principios liberales...”⁸

En nuestro “Bolívar: un continente y un destino” examinamos esa relación que el Libertador quería íntima. Ante la iniciativa de Santander en pro de la participación británica en el Congreso del Istmo, la respuesta de Bolívar —un político de realidades— es circunstancial y provisionalmente favorable —“por ahora”— en atención a los beneficios “positivos, próximos y sensibles” que la alianza con la Gran Bretaña prometía de inmediato, cuando se temía una agresión de incalculables proyecciones desde ultramar. En agosto de 1823 había dicho a Monteagudo: “A primera vista, y en los primeros tiempos, presenta ventajas; pero después, en el abismo de lo futuro y en la luz de las tinieblas, se dejan descubrir algunos espectros espantosos. Me explicaré un poco: tendremos en el día la paz y la independencia, y algunas garantías sociales y de política interna; estos bienes costarán una parte de la independencia nacional, algunos sacrificios pecuniarios, y algunas mortificaciones nacionales. Luego que la Inglaterra se ponga a la cabeza de esta liga seremos sus humildes servidores”. En un borrador de febrero de 1826 nuevamente afloran las reservas, el desasosiego y los recelos graves ante la desnaturalización de su idea original —que ahora, válidamente, llamaríamos

7. v. Cap. XXXIV.

8. v. Cap. XXX.

latinoamericanista—; vuelve la distinción entre las oportunidades y los tiempos, sopesa el beneficio del primer instante y el daño que a la larga se experimenta: “Por ahora me parece que nos dará una grande importancia y mucha respetabilidad la alianza de la Gran Bretaña... Pero estas ventajas no disipan los temores de que esa poderosa nación sea en lo futuro soberana de los consejos y decisiones de la asamblea”. El quiere, sin embargo, ilusionarse con su fe en el porvenir y, ante el presente inevitable, razona: “Nacer y robustecerse es lo primero; lo demás viene después. En la infancia necesitamos apoyo, que en la virilidad sabremos defendernos. Ahora nos es muy útil, y en lo futuro ya seremos otra cosa”.

Entre varias discrepancias que separan a nuestro criterio del de Masur, cabría anotar las apreciaciones sobre ciertos personajes claves de la Independencia. Así, por una parte, concordamos con estimar a Miranda como “la primera gran figura de la revolución... creía en un talento metódicamente disciplinado... Las sospechas que se levantaron en su contra fueron originadas por el talento que lo destacaba... Su idea no se limitaba a la liberación de su propio país, sino que se extendía a todo el continente sudamericano... Mucha gente que lo conoció lo consideró la persona más extraordinaria que había hallado en su camino... Todo lo que hacía participaba del cálculo metódico y cuidadoso de su formación racionalista... Posiblemente planeaba demasiado... Parece que consideró que sólo su presencia bastaba para reducir a polvo el imperialismo español... Este hombre jamás se dio por vencido; ningún fracaso lo desanimó ni le restó coraje para probar suerte una vez más”.⁹ En nuestro concepto, todos estos juicios pertinentes contrastan con el veredicto final del propio Masur cuando, páginas más adelante, elabora una imagen negativa, asentando conclusiones no ajustadas exactamente a la verdad: “Capituló. Recuérdese, ante todo, que la naturaleza de aquel hombre era la del aventurero que se tomaba a sí mismo más en serio que cualquier función que se le confiara. Era a él a quien quería salvar... en el fondo se hallaba dispuesto, desde el primer momento, a aceptar cualquier condición y todas las condiciones... fletar un barco que asegurase su fuga. Ahí estaba la prueba incontrovertible de haber pospuesto la causa de la República a la suya propia... Miranda aceptó... preocupado únicamente en su propia suerte... lo que a Miranda le interesaba era su seguridad económica... La idea de su fuga le obsesionaba... Miranda nunca quiso hacer sacrificios personales, y, corruptible o no, jamás había realizado nada que en términos históricos pudiera llamarse grande. Durante toda su vida había sido un filibustero, para quien nada importaba tanto como su propia persona. Miranda fracasó porque sus ambiciones personales superaban a su capacidad”.¹⁰ Múltiples testimonios históricos, entre los cuales no es de desdeñar la propia rectificación emanada de Bolívar, la cual Masur no conoció, apuntan a una conclusión radicalmente opuesta. A la luz han salido ahora elementos suficientes para rechazar como tendenciosos e injustos esos conceptos. Ya en 1826, el Libertador califica a Miranda de “el más ilustre colombiano”, vale decir, en grado superlativo, célebre e insigne, con el epíteto que en España se aplicaba sólo a los reyes y a las personas de más distinguida condición. En 1827 es ese

9. v. Cap. IV.

10. v. Cap. VIII.

título de “ilustre” el que en Caracas vuelve Bolívar a discernir al mártir Precursor. Otras razones, como la relación de Bolívar con los hijos de Miranda, pero sobre todo la documentación copiosa que a cada paso se publica y los estudios y revaluaciones de la historia y sus héroes, abonan esta imperiosa rectificación.¹¹

Estimamos inaceptable, por superficial y equivocado, el juicio de Masur sobre el Mariscal Antonio José de Sucre. Aunque el biógrafo alemán reconoce que “Sucre era el único que comprendía completamente los conceptos americanistas de Bolívar; el único que sería capaz de recoger la antorcha después de la muerte del Libertador”, yerra en caracterizarlo por “su temperamento poroso y casi femenino, permeable a la inspiración de los hombres más grandes, encontraba satisfacción en ser el ejecutor de estas ideas”.¹² Banal e injusto el insistente comentario: “A pesar de sus grandes dotes era tan sensible como una mimosa”.¹³ Al autor de este prólogo le ha tocado estudiar y revisar íntegramente el acervo documental de Sucre —ahora disponible para los investigadores— con el fin de preparar un volumen expresivo de tan descollante personalidad, y la conclusión con base en pruebas reiteradas es que Sucre fue el más severo, estricto y rígido de los principales capitanes de la Emancipación. Un paradigma en el cumplimiento de su deber, y celoso garante de la disciplina castrense. Noble, duro y franco. Símbolo perfecto del militar cabal... Su genio es severo, adusto y marcial... Fue perenne su actitud erguida y vigilante por la disciplina y por la probidad. Castigaba sin vacilar, con rigor extremo, crímenes y corruptelas. Tenía un sentido inflexible de la justicia. En ese tomo de piezas sucrenses fundamentales —“De mi propia mano”— probamos las dotes de equilibrio, ecuanimidad y objetividad de Antonio José de Sucre. Su sencillez. Su desprendimiento. Pero también su dureza, rigidez y severidad varoniles, terribles e inexorables.¹⁴

Otro asunto de franca divergencia con Masur concierne a la Entrevista de Guayaquil. En el presente libro vuelve a repetirse la opinión vulgar muy repetida de una supuesta rivalidad que se decidió a favor de Bolívar y en perjuicio de San Martín quien “había resultado verdaderamente derrotado”. Ahora se hace la luz sobre Guayaquil. No fue un duelo para dirimir ambiciones excluyentes. Se abre paso la posición científica de estudio ponderado e imparcial. Nos honra haber hecho útiles, sistemáticos y sinceros aportes a este deber de esclarecimiento.¹⁵

11. Cf. nuestro “Francisco de Miranda. ‘América Espera’. N° 100. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1982”. También “Crisol del Americanismo. ‘La Casa de Miranda en Londres’. Cuadernos Lagoven. Caracas” —1980 y 1982—. Ediciones en inglés: “Crucible of Americanism. Miranda’s London House”, Cuadernos Lagoven, Caracas —1981 y 1983—. Está en curso la reedición actualizada del Archivo del General Miranda: *Colombeia*, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 7 volúmenes han aparecido hasta 1986.
12. v. Cap. XXIV.
13. v. Cap. XXVII.
14. Cf. nuestro “Antonio José de Sucre. ‘De mi propia mano’, N° 90. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1981”.
15. Cf. nuestros “Textos para la verdad”, Caracas 1976; “San Martín en Caracas”, Caracas 1977. También “Bicentenario de San Martín. Homenaje de Venezuela. Ediciones de la Presidencia de la República. Caracas 1978”. Igualmente nuestro “Venezuela-Argentina/Argentina-Venezuela. 1790-1840. Orígenes documentales de la unidad. Edición conmemorativa de la visita del Presidente de Venezuela doctor Jaime Lusinchi a Buenos Aires. Abril 1986. Ministerio de Relaciones Exteriores. Caracas”.

Fue Guayaquil el punto de confluencia de Bolívar y San Martín, y el escenario de su entendimiento que condujo a la única salida viable y posible, digna y decorosa, la cual fue la que efectivamente registra la historia. De Guayaquil salieron luego, cada uno, a seguir con su responsabilidad. Acrecida la amistad y robustecido el mutuo aprecio. En Caracas se conserva una preciosa carta de San Martín para Bolívar, desde Mendoza en agosto de 1823, donde el Gran Capitán de los Andes le cuenta que le ha escrito tres veces desde su salida de Lima, le narra con lenguaje de espontánea fraternidad sus quebrantos de salud, y termina: "Deseo concluya usted felizmente la campaña del Perú y que esos pueblos conozcan el beneficio que usted les hace. Adiós, mi amigo; que el acierto y la felicidad no se separen jamás de usted, estos son los votos de su invariable, José de San Martín". Por esos mismos días, cuando el Libertador argentino es golpeado por la ingratitud y la pobreza, ofendido con perversos rumores y hasta amenazas de asesinato y abatido por la muerte de su esposa, Bolívar ríndele desde la cima del poder peruano el homenaje que merece su ínclita condición: en Lima brinda emocionado, y en primer término, "por el buen genio de la América que trajo al general San Martín con su ejército libertador desde las márgenes del Río de la Plata hasta las playas del Perú".

En 1840, a un decenio del tránsito de Bolívar a la eternidad, y cuando no cesaban los intentos por atizar e hinchar resquemores retrospectivos para amargar y lastimar al venerable paladín argentino, éste emite un juicio concluyente sobre el insigne hijo de Caracas: En cuanto a los hechos militares de Simón Bolívar —afirma— "se puede decir que ellos le han granjeado con razón la fama de ser considerado como el hombre más asombroso que ha conocido la América del Sur. Lo que le caracteriza por sobre todo, formando en cierto sentido su rango especial es su constancia a prueba, que se fortalecía en las dificultades, sin dejarse abatir por ellas, por más grandes que fuesen los peligros a los cuales se hubiera arrojado su alma ardiente".

En la insistencia de Bolívar nada sobra: "Primer amigo de mi corazón y de mi patria. Reitero a usted mis sentimientos más francos con que soy de usted su más apasionado afectísimo...". Entre los testimonios concretos del aprecio que unió a estos líderes debe citarse que no menos de tres retratos de Bolívar tenía San Martín en su casa de Boulogne-sur-Mer, donde lo consiguió la muerte en 1850.

Otros reparos menores podrían hacerse al afirmativo libro de Gerhard Masur. Algunos quizá más propiamente serían imputables a los traductores. La pluma entusiasmada se desliza a veces en exageraciones.¹⁶ No faltan términos y frases que aluden a conceptos superados.¹⁷ Pero en justicia debe celebrarse la felicidad

16. Nos parecen exageradas ciertas expresiones como: "dilapidó el dinero a manos llenas" (Cap. II), "el escritor más prolífico de Cartas de Sudamérica" (Cap. II), "capítulos enteros de la Constitución norteamericana fueron copiados al pie de la letra" (Cap. VIII), "De todos los europeos que llegaron respondiendo a los llamamientos de Bolívar, los mejores parece que fueron los alemanes" (Cap. XVIII). En la modesta sala del Congreso de Angostura imagina Masur "la salva atronadora de aplausos". En el páramo de Pisba, "hombres en grupos de diez y veinte caían por el camino" (Cap. XX).

17. Véanse —por ejemplo— "Su deseo era el totalitarismo" (Cap. XI). "Las ideas de Bolívar... anticipaban algo del sistema fascista" (Cap. XIX). "Idea panamericanista"

de muchas citas, el acierto en pinceladas como las atinentes a Manuela Sáenz. Acierta Masur en la verdad esencial del héroe, “Bolívar vivió en términos de un hemisferio íntegro, mientras que otros hombres de la Revolución miraban sólo dentro de su horizonte limitado: su provincia o país”.¹⁸ Bien delineado queda el drama del contraste entre el Libertador y los caudillos que aniquilan su obra y se reparten los despojos: “Santander está más cerca de la realidad que el sueño de grandeza de Bolívar”,¹⁹ podría extenderse lo propio a Páez y Flores.

No será defraudado quien emprenda la lectura de este importante volumen donde se nos ofrece la esencia fiel de una personalidad absolutamente superior. El Gobierno de Venezuela y la centenaria Academia Nacional de la Historia estimulan este programa de ediciones calificadas para el saber que concierne al patrimonio histórico y moral de nuestros pueblos. Frente a las interpretaciones maliciosas y a las fáciles distorsiones y falsificaciones que se pretende hacer pasar bajo atractivos de prosa leve —sin el menor ánimo de afectar el debate que es consustancial de la libertad, ni de insinuar siquiera la más mínima restricción al derecho de exponer cualquier opinión— se impone el deber de una referencia orientadora. Bien cabría el aforismo de Mannheim: “El antídoto contra una mala doctrina es una doctrina mejor y no una inteligencia neutralizada”. La angustia trágica del hombre incita a su conocimiento. Bolívar pertenece más al futuro que al instante de su específica circunstancia, esa es la clave de su fracaso relativo y de su vigencia.

Londres, 30 de noviembre de 1986.

(Cap. VI). “Visión panamericana” (Cap. XXIX). “Liga Panamericana” (Cap. XXX). Choca contra la habitual seriedad del biógrafo aventurar opiniones sin base como: “Bolívar estaba preparado para efectuar grandes concesiones. Parecía muy dispuesto a sacrificar la independencia de Panamá y Ecuador. Hasta convino en garantizar la posición de España en México si se admitía el reconocimiento de Colombia” (Cap. XXIII).

18. v. Cap. IX.

19. v. Cap. XXXII.